

# Democracia callejera

## De la polarización a la conflictividad multivectorial

*Autor: César Rojas Ríos*

**Los conflictos están a la orden del día.** El país, pero sobre todo la sede de gobierno, no da abasto porque no le dan tregua las manifestaciones callejeras. La conflictividad lleva instalada en Bolivia durante 12 largos años. El ciclo actual difiere del neoliberal en sus contenidos y orientación, pero no en la cantidad de conflictos que tiene que metabolizar la población. No es el infierno pasado, pero se sugiere como un purgatorio cotidiano.

¿Hizo la conflictividad de Bolivia su residencia favorita? El país no tiene mar, pero sí un océano de conflictos a lo largo y ancho de su territorio. La represa estatal que los contenía se rompió en abril de 2000 durante la "guerra del agua", parecía que se iba a reparar en el gobierno de Evo Morales, pero las aguas de la movilización discurren por todas partes. Ojo: el ciclo de conflictividad del periodo neoliberal difiere del actual ciclo. El anterior cabalgó hacia la noche más oscura; mientras el actual puede ver la luz al final del túnel de vicisitudes por el que está atravesando. Ahora, *puede* no significar necesariamente que lo vea. La clave se encuentra en cómo gestione y responda a la diversidad de conflictos del presente.

### MUCHOS Y MORTÍFEROS

En el período 2000 - 2005 el país sufrió la inundación de 3.527 conflictos, es decir, 59 eventos promedio por mes (datos Ceres). A nadie podría extrañarle entonces que desde el gobierno de Banzer hasta el de Rodríguez Veltzé, el poder ejecutivo atravesara por diversas coyunturas insomnes de forma consecutiva.

A diferencia de 1952, donde en abril culmina el proceso revolucionario, en abril de 2000 con la "guerra del agua" *inicia* un cambio en el balance de poder entre Estado y sociedad civil. Antes de esta fecha se implementaron cinco estados de sitio de manera exitosa (dos con Paz Estenssoro, uno con Paz Zamora y dos con Sánchez de Lozada), pero el sexto, en el gobierno de Banzer, resultó un fracaso a pesar de ser el más violento de todos: seis muertos, 50 heridos y 22 personas entre detenidas y confinadas. De hecho, para restablecer el orden en la ciudad de Cochabamba, se tuvo que abrogar, trece días después la medida de excepción.

A la "guerra del agua" le continuaron otros conflictos emblemáticos, como "septiembre negro" de 2000 y febrero de 2003, que continuaron debilitando a los gobiernos neoliberales. El punto de inflexión se produjo en abril de 2000 y de ahí en adelante los sucesivos gobiernos no pudieron remontar la pendiente, más bien cada nuevo conflicto parecía golpearlos y empujarlos de forma más intensa y acelerada hacia el fondo de la pendiente. En octubre de 2003, Sánchez de Lozada finalmente se precipitó a sus fauces oscuras: le esperaba el destierro y un juicio que, como espada de Damocles,

nunca lo castigará con la cárcel pero tampoco le permitirá retornar a su país natal. Y en su caída arrastró tras de sí a todo el sistema de partidos tradicionales.

Luego sobrevino el gobierno de Carlos Mesa. Quiso hacer historia y no pudo, deseó gobernar y no pudo, pretendió gestionar la cuota elevadísima de 1.042 conflictos durante sus 20 meses de gobierno y tampoco pudo. También la suya acabó siendo una "presidencia fallida". Si Sánchez de Lozada recibió la cachetada fiera del occidente del país, Mesa recibió un par de reveses tanto de occidente como de oriente. Bolivia enterraba a Sánchez de Lozada y al MNR, pero asistía al nacimiento de la polarización político-regional.

La conflictividad no sólo persistía en su multiplicidad, recurrencia y simultaneidad; sino que había madurado ideológicamente y adicionalmente se bifurcó en dos ramales dividiendo y enfrentando a los bolivianos. La "media luna" planteó la luz de su lado y la oscuridad del otro. Lo cierto es que mientras su arquitectura política estuvo vigente ensombreció al país entero.

## **LA POLARIZACIÓN POLÍTICA**

El actual ciclo de conflictividad boliviana, que despunta a partir de la ascensión al poder del Presidente Morales, asume dos etapas: la primera, marcada por la polarización política y la actual signada por una conflictividad multivectorial.

La etapa de polarización política arranca con el conflicto por la "capitalidad plena" en noviembre de 2007, que dejó maltrecho el proceso constituyente, produjo hondas heridas en la población sucreña y una brecha entre gobierno/población sucreña (el gobierno defiende su compromiso de llevar adelante la nueva constitución). Tuvo su antecedente en el conflicto del 11 de enero de 2007 en Cochabamba, donde la disputa por el poder regional tomó todos los tintes de un enfrentamiento violento entre clases-razas ante la ausencia del Estado y en una ciudad sitiada y sin ley. La caja de pandora se había abierto en la capital valluna, permitiendo ver en su interior todos los demonios.

El punto más alto lo marcó el golpe cívico-prefectural en septiembre de 2005, donde la "media luna" y una elite conservadora, consumó un desafío abierto a la presidencia de Evo Morales al tomar todas las reparticiones estatales, tanto en Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija, poniendo en verdadero riesgo la estabilidad del gobierno, la viabilidad de la democracia y la continuidad del país como unidad territorial (el gobierno defiende su legitimidad y la integridad territorial de la nación). En ese momento todo parecía indicar que la conflictividad devenida en polarización desembocaría en una guerra civil donde los dos frentes iban a producir un choque de locomotoras. No fue así, aunque el país estuvo instalado por varios semanas en el síndrome del abismo.

## CONFLICTIVIDAD MULTIVECTORIAL

¿Qué tiene el gobierno hoy en las calles?

La conflictividad actual presenta distintos vectores u orientaciones: corren en paralelo y en ciertas coyunturas de manera imbricada, una conflictividad redistributiva (piden desde una tajada hasta quedarse con toda la torta y lo hacen recurriendo a medidas templadas hasta extremas) y otra que involucra a ciertos sectores sociales desafectos con el gobierno (de resistencia a sus políticas hasta ensayos de interpelación política). Los sectores que espolean la conflictividad redistributiva viven presos del síndrome de la movilidad social ascendente y la anomia social; mientras los segundos, bajo el síndrome de la alternancia gubernamental urgente.

Empecemos perfilando la conflictividad redistributiva: en el periodo neoliberal, la conflictividad podría ser catalogada como la reacción ante la pobreza histórica y estructural del país en un contexto de descenso sistémico (rendimientos económicos, políticos, institucionales y sociales, negativos) y ascenso ideológico casi meteórico de una alternativa política (MAS); mientras una buena parte de la actual conflictividad más bien podría ser caracterizada como una conflictividad con afán *redistributivo* y espoleada por una Constitución generosa en la otorgación y exigibilidad de derechos en un contexto de hibridez sistémica (crecimiento económico, legitimidad gubernamental y déficits institucionales) y paulatina reposición de la oposición en el campo político.

La conflictividad activada por la pobreza decantó en un gobierno que agrandó la torta económica (el año 2003 el crecimiento económico fue de -0.20 según el reporte del Banco Mundial; mientras este 2011 fue de 5.1%) y ahora los sectores sociales, sobre todo aquellos que padecieron una larga hambruna, desean una tajada del ansiado bienestar – Tocqueville vio hace mucho tiempo, que la gente puede ser explotada y depauperada durante siglos, hasta que nace una ideología igualitaria y justiciera que la despierta y manda a rebelarse–; pero otros que tienen su tajada también desean agrandar su porción en el río revuelto de la conflictividad, obedeciendo al hecho de que si bien el deseo puede ser colmado, el desear es insaciable.

Estamos ante una explosión de las expectativas amparada por una vasta otorgación de derechos –los arquitectos de la nueva Constitución no anticiparon correctamente las consecuencias inmediatas implicadas en sus planos–, y entonces todos pasan al asalto y el gobierno se ve tratando con tinieblas en pequeña y mediana escala. Esta conflictividad tiene dos caras: por una parte, la escasez pasada produjo una abundancia de conflictos, si los sectores encuentran como contrapartida una tajada de la "abundancia" de recursos actuales, los conflictos redistributivos se harán cada vez más escasos; por tanto, en manos de la economía está la resolución estratégica de los conflictos y en la gestión política su manejo táctico. El gobierno está ante el supremo reto de ajustar la explosión de expectativas y necesidades con la capacidad de generar excedentes y provisiones –una sequía tan sostenida y profunda como la boliviana requiere del gobierno una lluvia persistente de recursos económicos–. Si lo consigue, la conflictividad redistributiva devendrá en integradora, pues sector que encuentra a través

del conflicto su respectiva gratificación genera como contrapartida lealtad, tanto al sistema como al gobierno. Ahora bien, si las frustraciones relevan a las gratificaciones, la conflictividad puede madurar en términos disruptivos, aunque cabe que el gobierno pueda lograr colmar la sed impaciente de estos diversos sectores proclives al conflicto.

Y por otra parte, la antesala del conflicto (diálogo y gestión con las autoridades), o se acortó o se esfumó, de tal manera que los sectores sociales pasan sin mayores consideraciones directamente al conflicto. Optan por la eficiencia de la movilización antes que por la incertidumbre de la negociación. Preocupante: el uso de medidas de presión más radical y violenta empieza a primar, como empieza a predominar lo insociable sobre la sociabilidad del hombre, las fuerzas que disgregan sobre las que cohesionan. Lo que cuenta es la defensa de mis intereses haciendo uso de los medios más eficaces para tal fin, sin reparar en el otro. Lo casos suman y siguen en su descomposición: tienen su primer antecedente en el conflicto de Huanuni, y ahora está en el candelero Coroma/Quillakas, Mallku Khota y Colquiri (se enfrentaron con muertos y heridos, cooperativistas mineros con asalariados). La anomia social se instaló en el país bajo la sombra de Hobbes: existe un debilitamiento progresivo de los valores y las normas que regulan el comportamiento de la gente, reforzada por la impunidad y la impotencia de las autoridades, que está abriendo las compuertas a todos los medios de presión sin reparar en su legitimidad o ilegitimidad, en su legalidad o ilegalidad. Todo vale y de esta manera, nadie se frena en tirar la primera piedra, así sea contra su vecino, paisano o connacional. Así lo hiera o lo mate. El hombre se ha convertido en lobo del propio hombre, más proclives a devorarse entre sí, como si estuvieran en medio de la selva, que a entenderse y vivir en paz, bajo el cobijo de la ley y el orden.

Estos son los hijos legítimos del proceso de cambio. Les despertaron la sed y les mostraron el horizonte, ahora desean que el gobierno, *su* gobierno, les facilite el camino y les haga llevadero el andar sin reparar en los medios.

## **MUCHOS Y ALGUNOS DESAFECTOS**

Ahora caractericemos esa parte de la conflictividad *desafecta*: uno, no debemos olvidar que el gobierno nace con una desafección congénita o “contrarrevolucionaria”, que se cerró a cal y canto a todo posible cambio social y tuvo sus expresiones en enero de 2007 en Cochabamba, luego en noviembre de 2007 en Sucre durante el conflicto de la “capitalidad plena” y, posteriormente, en el “golpe cívico-prefectural” en septiembre de 2008; y dos, a partir del “gasolinazo” y la VIII marcha del TIPNIS, con la acogida multitudinaria en La Paz y la aprobación de la Ley 180 de defensa del TIPNIS, se produjo un cambio en la correlación de fuerzas entre gobierno/sectores sociales, abriéndose una ventana de oportunidad para los más diversos conflictos, que tienen en este punto de inflexión, una de sus condiciones de activación.

¿Qué empezó a suceder? Tres cuestiones sustantivas. La primera, parecía que el gobierno del MAS, con el respaldo del 64% obtenido en las elecciones generales de 2009, lograría el ansiado cierre histórico, es decir, la inclusión de todos los sectores sociales

logrando reequilibrar la sociedad y conjurar la inestabilidad, pero más bien lo que ha venido sucediendo es lo siguiente: si en un inicio el MAS era una cebolla de cien telas, con el paso del tiempo se fue deshojando, primero de las capas altas, luego de parte de las medias, de algunas obreras y ahora de ciertas capas indígenas, predominantemente de tierras bajas, para ensimismarse en su corazón más íntimo: cocaleros, bartolinas y colonizadores, paralelamente, cooperativistas, contrabandistas y comerciantes. La coalición corporativa del nuevo orden emergente. Y, al atender de forma consistente los intereses de su clientela política, se encamina a deconstruirse como partido hegemónico para constituirse en un partido de representación.

La segunda, los desafectos, en principio, venían constituidos por todos aquellos perjudicados por los cambios económicos y los agraviados por las decisiones políticas, a los que fueron sumándose todos los indignados por los desatinos y déficits de la gestión gubernamental. Todos estos sectores hacen frente común y tienen su nutrida remesa de quejas. Esto se pudo apreciar con toda nitidez en el recibimiento apoteósico a los marchistas del TIPNIS por parte de la población paceña. ¿Qué se vio? Un emplazamiento no sólo de clases altas y medias, como fue en el periodo de la polarización política, sino pluriclasista y multiétnico –en esto consistió el agregado pluri-multi de los indígenas del TIPNIS–. Es decir, la desafección corre a lo largo y ancho de la pirámide social, y es por eso también que encontramos abajo tensiones y confrontaciones, entre colonizadores/originarios, cocaleros/originarios, cooperativistas/asalariados y entre organizaciones sindicales versus organizaciones comunitarias. Es decir, a los tradicionales conflictos verticales (por ejemplo, agroindustriales/comunidades indígenas) se le suman los conflictos horizontales entre sectores pertenecientes a la misma clase social. A la polifonía contenciosa se le sumó el poliformismo.

Y la tercera, la reciente coyuntura conflictiva donde estuvieron implicados médicos, universitarios, maestros y COB, asumieron progresivamente una textura anti gobierno, y por otra, el Movimiento Sin Miedo (MSM), de manera más decidida que Unidad Nacional (UN), dio su respaldo abierto a los tres sectores culpabilizando al gobierno como “el único responsable de los conflictos”. Es decir, antes del “gasolinazo” y la VIII marcha del TIPNIS, el MSM se encontraba en un periodo de incubación, ahora salió del cascarón y lanzó un desafío político abierto al gobierno. Y si el MAS deja capas sociales a su paso, el MSM pretende recogerlas y formar con ella un bloque popular alternativo para reconducir el proceso de cambio. Tiene de su lado, aunque en competencia partidaria con UN y otros partidos, a todos los desafectos por uno u otro motivo, y tiene enfrente, al núcleo social duro del MAS y al propio gobierno. De esta manera, se va produciendo una incardinación entre lo social y lo político, y donde ciertos conflictos, al no encontrar salida por sus propios medios y para lograr una mayor simetría de poder, recurren al respaldo político; pero al hacerlo, convierten la demanda en cuestión en una cuestión de poder. Un camino plagado de cumbres borrascosas, pero un camino al fin de cuentas para quienes no tienen otra opción que seguir adelante.

## ¿Y AHORA QUÉ?

Lo perverso de la sociedad boliviana consiste en que lo que sucede o deje de suceder (implementación de la nueva Constitución), lo que se haga o deje de hacer (suspensión de las ocho horas para los médicos), se genera *a través del conflicto*. O sea, por medio de enfrentamientos y bajo la égida del eventual vencedor. No a través de consensos, pactos o negociaciones, ni de la lucidez que apareja. En consecuencia, tanto el medio de funcionamiento de la sociedad como de constitución de lo estatal, resultó siendo la conflictividad.

Una democracia callejera, donde los invocados *checks and balances* (pesos y contrapesos) se presentan en la arena social, no en el escenario institucional, y donde la democracia directa –para sorpresa de sus doctrinarios– es la relación cotidiana, directa y contenciosa entre los sectores sociales y el gobierno, es decir, donde los sectores sociales, sobre todo aquéllos que no son parte del núcleo del gobierno, ejercen una dosis del prometido poder y alcanzan unas gotas del oasis esperado, cuando se organizan, activan y luchan. El dicho cotidiano: “guagua que no llora no mama”, se convirtió en un *leitmotiv* social. Por este camino, sólo puede acabar sucediendo una sola cosa, que el pasado Estado republicano o el actual plurinacional, acaben en estado de coma. El país requiere urgentemente reencontrar su óptimo sistémico, es decir, que tanto la sociedad, la política como el Estado, encuentren la solución para todos en su conjunto en su más noble inspiración y no en sus más bajos instintos.